

padezca. Tan verdadero es este principio, que justamente aquellas obras del señor BRETÓN más sencillas en su argumento, *Marcela*, *El pelo de la dehesa* y *El cuarto de hora*, son las que el público saborea con mayor gusto; fuera de que no se puede afirmar sin grave injusticia que sean escasas de acción otras, como *Los dos sobrinos*, *La redacción de un periódico*, *El amigo mártir*, *No ganamos para sustos*, *Cuentas atrasadas*, *Muérete ¡y verás...!* y *La Independencia*, que bastan y sobran para acreditar á un autor de rico y hábil en el artificio y desempeño de la trama cómica. Pero no nos cansemos en una justificación ya innecesaria: el gusto ha tomado mejor camino, y el tiempo ha vuelto sus derechos á la razón. La forma sencilla del drama bretoniano prevalece hoy día: entre las obras escénicas, más aplaudidas hace unos años, figuran *La rueda de la fortuna*, *Bandera negra* y *El hombre de mundo*, que no son de seguro más copiosas de acción que las siete citadas.

No se ha hecho aquí mérito de las traducciones del señor BRETÓN hasta ahora, porque tratándose de un autor nacional, riquísimo de suyo, parecía poco importante tratar de esa clase de préstamos de la literatura extranjera, préstamos en verdad con que por mucho tiempo han vivido los teatros de España. Pero si la traducción de *Aminia*, harto fácil de hacer, ha dado tanta fama á don Juan de Jáuregui, ¿no se le deberá alguna al traductor de *Los hijos de Eduardo*, *María Estuardo* y *¿L'amant bourru?* Poco se le ha tenido en cuenta este mérito, que á otros ha valido muchísimo. El señor BRETÓN no ha sido siempre ni en todo el hijo mimado de la fortuna.

No obstante, hallar el teatro español sin vida y ser el primero á resucitarle, dar á la literatura una especie de drama nuevo, recoger laureles en todas, enriquecer el idioma con frases agudas y significados ingeniosos y peregrinos, conquistar para la poesía un tesoro de rimas indóciles, ocupar los tablados y embargar la voz de la fama desde Palma á Cádiz, de Méjico á Chile, no es ciertamente un destino infeliz. El público oyente ha exigido á veces mucho del señor BRETÓN, porque le tenía en mucho, y su severidad era señal de aprecio; el público lector siempre le ha sido fiel y benévolo. Buena ocasión se le presenta ahora para manifestarlo admitiendo esta colección con el mismo aprecio que las ediciones sueltas, y perdonando por la bondad del libro la prolijidad y molestia del prólogo. ¡Ojalá esta publicación señale para las letras el principio de una edad más feliz que la que llevamos pasada! La colección de las obras de DON MANUEL BRETÓN DE LOS HERREROS, hecha por él mismo, es una novedad grande: en eso va también delante de todos. Desde el tiempo de Lope ningún autor cómico ha hecho en España colección de sus obras.

JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH.

NOTA. — Con este mismo prólogo y con el prefacio que sigue se ha publicado en España recientemente una colección completa de las obras dramáticas y líricas de DON MANUEL BRETÓN DE LOS HERREROS, que consta de cinco tomos en cuarto mayor, y se halla de venta en Madrid, librerías de Pérez, Cuesta, Monier y Bailly-Bailliére, y en el establecimiento tipográfico de don Francisco de Paula Mellado.

PREFACIO DEL AUTOR

« Habiéndose el autor reservado el derecho exclusivo de publicar en colección sus producciones literarias, ha llegado el caso de verificarlo. La mayor parte son harto conocidas del público para que sea necesario dar idea de ellas: tampoco le es lícito encomiarlas. Á falta, pues, de la fraseología con que en anuncios semejantes procuran editores y autores captarse la buena voluntad de los suscriptores, el que echa á volar este prospecto tiene la ventaja de poder decir que ninguno de los que le favorezcan podrá llamarse engañado. Sólo se trata de reproducir en cuerpo de obra metódico y homogéneo los dispersos materiales dados ya á luz en diferentes formas y períodos desde el año de 1824. Comprenderá la edición algunas obras inéditas; pero, valgan éstas lo que valieren, no pueden quitar ni añadir muchos quilates al mérito del conjunto. Revisadas escrupulosamente una por una antes de darlas á la prensa, desaparecerán de ellas en esta edición todos los leves defectos que el autor advierta y acierte á corregir. Enmiendas de más importancia, ni tiene tiempo para hacerlas, ni á su juicio podría intentarlas sin defraudar en cierto modo de una especie de propiedad suya al público que tantas pruebas de benevolencia le tiene dadas. Por otra parte, limando demasiado sus escritos perderían en originalidad y vigor más de lo que ganasen en tersura y corrección. »

Esto dije al anunciar por primera vez la edición de mis obras reunidas, y esto bastaba entonces para mi propósito y para gobierno del público: ahora añadiré algunas advertencias y haré algunas explicaciones concernientes á mi teatro, que ni eran de aquel lugar ni cabían tampoco ni venían á cuento en el prólogo que precede.

Principiaré por dar las expresivas gracias á su erudito y apreciable autor, *el señor don Juan Eugenio Hartzenbusch*, mi buen amigo y compañero, por el espontáneo y afectuoso arranque de bienquerencia con que se brindó á hacerme este obsequio desde que supo que yo empezaba á pensar seriamente en coleccionar mis obras, y por haberme cumplido su generosa oferta con pluma tan parcialmente amistosa, que en verdad me ruborizan muchos de sus trozos, y le rogaría que los suprimiese, habiendo de figurar en una publicación de que juntamente soy autor y editor, á no tener sobradamente probada la independencia de su carácter el justamente célebre autor de *Los Amantes de Teruel* para que nadie que le conozca pueda acusarle de compadrazgo.

Esta colección lo es completa de todas las producciones dramáticas de mi ingenio, cuya responsabilidad debo y quiero aceptar: sólo exceptúo las piezas llamadas de *circunstancias*, hechas todas por encargo de empresas teatrales ó *comisiones de festejos*, para objetos puramente políticos, muy *plausibles*, por supuesto, aunque no para todos, pero cuya oportunidad duraba sólo veinte y cuatro horas, y á veces pocos días más su *plausibilidad* relativa. Semejantes embriones *oficiales* ú *oficiosos* no pertenecen á *Talia*, ni á *Melpómene*, ni á *Terpsicore*, ni á *Euterpe*, ni á ninguna de las otras cinco hermanas; ora actúen en ellos los númenes mitológicos, ora figuras alegóricas *ad tibitum*, ora personas de este mísero globo terráqueo en representación de partidos y facciones y sistemas encontrados. Por otra parte, con el transcurso del tiempo y los desengaños de unos y otros, se mitiga el furor de las discordias intestinas, las parcialidades se hacen recíproca justicia, el tiempo se la administra á todas, desaparecen incompatibilidades que se creyeron eternas y se verifican *fusiones* que se juzgaron imposibles. ¿Á qué reproducir engendros, que cualquier cosa fueron menos *literatura*, después de los abrazos del *Congreso* y de *Vergara* y de las coaliciones que hemos presenciado, y de tantos reconocimientos, sumisiones, indultos y amnistías? Yo, que no peço ciertamente de rencoroso en mi particular, ¿renegaría como escritor público del espíritu de tolerancia y olvido de lo pasado que ya anima á todo buen español? De ningún modo; y si yo mismo necesito absolución por haber sido en ciertas ocasiones sobrado condescendiente, la pido con sincera contrición y firme propósito de la enmienda.

Fuera de los insinuados bosquejos, pocas veces ha jugado la política en mis dramas, y aun esas incidentalmente. Sin embargo, en *Todo es farsa*, en *Me voy de Madrid*, en *La redacción de un periódico*, en *Muérete ¡y verás...!*, en *El hombre pacífico*, en *Flaquezas ministeriales*, en *La Batelera de Pasajes*, en *El Editor responsable* y en *La Independencia*, creo haber hecho lo suficiente para que no falten en mi galería los cuadros que basten á pintar en lo posible esta interesante parte de las costumbres de la época, y creo haber cumplido mi objeto sin incurrir en odiosas personalidades, y sin que prevención alguna adversa ni favorable, ni el afán de una mal entendida popularidad, me hayan arrastrado á rebasar la prudente línea que por muchos respectos debe trazarse todo el que censura los vicios y extravagancias de la sociedad en que vive.

He procurado que haya variedad en los argumentos de mis comedias; y aunque no falte quien me acuse de lo contrario, creo poder decir sin vana jactancia que en igual número de obras nadie hasta ahora lo presentó más crecido de asuntos y lances y caracteres diferentes; con lo cual no quiero decir que todos, ni uno siquiera, de los caracteres, ni de los lances, ni de los asuntos de mi invención poética lleven el sello de la perfección. No he copiado á nadie, pero me he repetido algunas veces á mí mismo; ora en la estructura de dos ó más fábulas; ora en el modo de desenlazarlas; ora en la analogía de conducta, de miras ó de pasiones entre diversos personajes; ora, en fin, en el uso de ciertas frases, sobre todo de las proverbiales. Esto es verdad; pero ¿á qué escritor medianamente fecundo no le sucede algo ó mucho de esto? ¿Qué pintor no tiene una *manera* que le es peculiar, y que en vano

querría no tener, en uno ú otro de los accidentes de sus cuadros? En muchas de las figuras que no son retratos hechos por una misma mano, aunque sea muy maestra, ¿no reconocen los inteligentes cierto aire de familia? ¿No hay Virgenes de Rafael ó de Murillo que parecen hermanas gemelas? ¿Y qué mucho, si padres tan prolíficos las engendraron? Pero estúdiense con detención, y se verá que en la actitud, sino en el rostro, ó en el misterio que representan, ó en los varios afectos de que se muestran poseídas las figuras accesorias, ó en alguna otra circunstancia no indiferente se diversifican más de lo que á primera vista aparece. Yo, que en mi esfera de poeta cómico, y por consecuencia pintor también con la pluma como aquellos con el pincel, estoy muy lejos de quererme comparar á tan insignes varones, no me reprendo á mí mismo por haberme cabido en suerte un estilo malo ó bueno, pero todo mío, porque teniendo mi *manera* propia de ver las cosas, tengo también para pintarlas otra que nadie me ha prestado.

Insisto en que he sido tan variado como el que más en mis escritos teatrales; y esto á pesar de ser tantos y del corto espacio que de unos á otros ha mediado; lo cual me ha impedido, al bosquejar el plan de cada comedia, revisar con nimia escrupulosidad las anteriores para esquivar toda reminiscencia de ellas. Así he reproducido, por ejemplo, no sé cuántas veces el carácter de *coqueta*, no pocas el de *farsante*, ó de amor, ó de virtud, ó de nobleza, ó de patriotismo, y muchos más el de *vieja ridícula*; pero ni todas mis coquetas lo son de la misma manera y en iguales circunstancias, ni todos mis buscavidas están vaciados en el mismo molde, ni tengo en mi estudio aparatos litográficos que estampen hasta lo infinito la primer señora proveya cuyas extravagancias me chocaron. Muchas páginas tendrían que escribir para sincerarme cumplidamente de tales inculpaciones, y entiendo que, sobre este y otros cargos, mi verdadera y más concluyente defensa está en la misma colección que ofrezco al público; pero limitándome al artículo de *viejas*, si es verdad que hay algunas más ó menos parecidas en mi teatro, ¿quién no ve, no ya matices, sino rasgos muy pronunciados de diferencia entre la fisonomía de la linajuda y orgullosa *doña Matea* de *Á Madrid me vuelvo*, y la comilona *doña Jerónima* de *Achaques á los vicios*; entre la entrometida *Nemesia* de *El Tercero en discordia*, la indolente egoísta *doña Eustoquia* de *Todo es farsa en este mundo*; entre la intrépida é insurgente *Marta* de *Flaquezas ministeriales*, y la romántica y deleznable *doña Ramona* de *El hombre pacífico*; entre la despreocupada *doña Rosalía* de *El qué dirán*, y la pedante y aperreada *Sebastiana* de *Cuentas atrasadas*; entre la intrigante y vengativa *Rufina* de *¡Cuidado con las amigas!*, y la jugadora é indisciplinada *doña Hipólita* de *Errar la vocación*? Y á propósito de *viejas*, no por haber acudido reiteradamente á tan respetable repertorio en busca de tipos cómicos, dejo de venerar mucho en general á las señoras mayores, á quienes en mi propio teatro hago más de una vez la debida justicia, y muy cumplida en la comedia *Una Vieja*, escrita de intento para desagrarirlas á todas.

Otra de las repeticiones en que varias veces he incurrido es la de presentar á una dama en el conflicto de haber de optar entre dos, tres, y á veces cuatro amantes; pero me parece que esto no pasa de pecado venial, siendo como

son distintos los caracteres, así de las heroínas como de sus galanes respectivos, moviéndose cada máquina por medio de diferentes resortes, y produciendo sus funciones diversos resultados.

Hay asimismo en mi caudal cómico desenlaces que semejan á otros, y esto tiene aun disculpa más obvia y más plausible; porque sabido es que una acción dramática no puede terminarse, á no hacer intervenir en ella causas sobrenaturales, sino de uno de estos cinco modos: desenlazándose por sí misma en virtud de mutuas explicaciones de los interlocutores y á consecuencia de los incidentes que naturalmente produzca el antagonismo de sus pasiones y caracteres; y es el mejor sistema de todos y el que yo he adoptado en la mayor parte de mis invenciones: por medio de reconocimientos entre personas que no sabían unas de otras, ó cuyas relaciones, bien de parentesco, bien de otra especie, eran antes ignoradas ó imperfectamente conocidas: obrándose notables peripecias ó cambios de fortuna en alguno ó algunos de los actores principales: sobreviniendo con más ó menos preparación algún personaje nuevo que cambie de un modo sensible la situación de otros: ligando, en fin, la acción del drama con alguna revolución política ú otro notable suceso. Ahora bien, ¿cómo es posible evitar, siendo tan limitados los arbitrios legítimos de que un poeta dramático puede servirse, que, por poco que crezca el número de sus obras, resulten entre ellas en esta parte muchos puntos de contacto?

¿Qué diré, por último, de ciertos giros, y modismos, y proverbios, y vocablos triplicados, ó cuadruplicados, ó multiplicados si se quiere, en doscientos mil versos que bien tendrá mi almacén dramático, sin hacer mérito de las obras en prosa? ¿Habré de refutar seriamente cargos como el de un sujeto, para mí desconocido, que le dijo á un amigo mío: «¡Bah! ¡Cosas de Bretón!... Siempre es el mismo. En cuatro ó cinco comedias tuyas se dice: *eso es harina de otro costal*.»? Verdaderamente este es un crimen inaudito, y á quien lo comete se le debe negar el agua y el fuego. Por fortuna he aquí el punto en que, sin vanidad, me considero menos vulnerable, pues aun los que más acerbamente me han censurado han convenido siempre en que, ni en los diálogos más vivos, ni en los metros más difíciles y revesados, peca de estéril mi imaginación, ni forzado y diminuto mi vocabulario.

En suma, no se me podrá reconvenir, puedo asegurarlo, de haberme calcado y reverdecido á mí propio tantas veces relativamente como *Calderón* con sus *escondidos* y sus *tapadas*, como *Molière* con sus *médicos* y sus *cornudos*, ó como *Moratin* con sus *viejos* y sus *niñas*; y razón será que á mí se me perdonen culpas de que no libertó la humana flaqueza á un *Calderón*, á un *Molière* y á un *Moratin*.

Sigo en mi colección el orden cronológico; esto es, el de antigüedad en la composición de cada pieza, que pocas veces ha dejado de coincidir con la fecha de su representación, y cuando lo altero digo al pie de la página por qué lo hago.

Observará el lector que en los primeros años de mi carrera dramática no abundan tanto como en los sucesivos las producciones originales; y excuso decir que lo son todas las que no llevan el aditamento de traducidas ó refun-

didias. La causa de esta aparente infecundidad es tan convincente como dolorosa. Se pagaban entonces tan mal las obras originales, que para probar cuánto era mísera y precaria la situación de los escritores, basta decir que *A Madrid me vuelvo*, que en su estreno duró muy cerca de un mes sin interrupción con muy crecidas entradas, sólo me valió 1.300 rs., y en época en que con nada retribuían los empresarios de las provincias, porque nadie respetaba ni reconocía el derecho de propiedad de las obras dramáticas. Poco menor era la remuneración de las traducciones, trabajo harto más fácil y en que muy débilmente se empeñaba la reputación del que las hacía. Me apliqué, pues, á traducir cuanto se me encargaba, porque sin patrimonio y sin empleo, de algo había de vivir un hombre honrado que nunca fué gravoso á nadie, y sólo daba tal cual comedia toda mía para cumplir con lo que ya el público tenía derecho de exigirme y mi irresistible vocación reclamaba, hasta que mejores tiempos me fueron permitiendo no malgastar mi poco ó mucho estro poético en versiones más ó menos libres de concepciones ajenas. Por tanto, sólo doy lugar en esta recopilación á siete traducciones de las que pude elaborar con alguna más detención y esmero, y las he escogido de suerte que entre ellas haya un poco de cada uno de los géneros y escuelas que se disputan el dominio de la escena. Doy también dos refundiciones de nuestro teatro antiguo y en nota particular los motivos de comprenderlas en la colección. Concedo además en ella paternal albergue á unas cuantas obras inéditas hasta ahora; unas porque en el tiempo en que las escribí ni había editores á quienes acudir, á menos de darles de balde ó poco menos los manuscritos, ni el autor podía ni quería publicarlas de su cuenta; otras porque acertaron á representarse, y con poco ó ningún éxito, cuando el autor no tenía editor determinado ni humor entonces ni nunca de rogar á ninguno con sus escritos. Pero como no siempre un escritor puede repartir como quisiera sus comedias, ni menos elegir el día ni la hora de su estreno; y como alguna de las mías no publicadas aún se resintió evidentemente de semejantes contrariedades, séame lícito apelar en la prensa de tal cual fallo que aun no sé de cierto si solo se fulmine contra mí.

No sé si me dejo en el tintero alguna de las advertencias que tenía ánimo de hacer al curioso lector: el tomo está ya impreso, y no me conviene retardar mucho su publicación: los cajistas esperan con los brazos cruzados este desaliñado prefacio, ó proemio, ó lo que sea, y consideraciones de más de una especie me imponen silencio sobre muchas anécdotas y particularidades de mi vida escénica. Algunas de ellas no serían indiferentes á mis beneméritos suscritores, porque pican en historia; pero espero de su discreción que se contentarán con lo dicho y con algunas notas especiales que, si gustan, irán leyendo interpoladas con el texto. Yo he ofrecido en el prospecto mis comedias, pero no la historia de mis comedias.

Añadiré solamente, para concluir, que si cada composición no lleva á la derecha de los interlocutores los nombres de los actores que por primera vez las representaron, es solamente porque no se acostumbra á hacerlo en colecciones tan voluminosas como ésta, y porque no constando en muchas de las ediciones parciales, hechas, por convenir así á los editores, con anterioridad

á las representaciones, el llenar ahora tantos huecos sería obra de romanos; pero me complazco en declarar que desde que me di á conocer como el más asiduo y laborioso de los poetas cómicos contemporáneos, ya que carezca de otras dotes, no ha habido una actriz ó un actor de nota á cuyos esfuerzos no sea yo en gran parte deudor de mis modestos triunfos. Á todos tributo, pues, este público testimonio de estimación y agradecimiento, y singularmente á los que han tenido más ocasiones de prestarme su hábil cooperación; ó por su mayor permanencia en los teatros de Madrid, sobre todo en el del *Príncipe*, hoy *Teatro Español*, que ha sido siempre el de mi predilección; ó por el puesto que ocupaban en las compañías; ó porque la especialidad de sus talentos se adaptaba más á la índole de mis habituales producciones.

ADVERTENCIA

En esta colección, hecha con anuencia del autor, va comprendido lo más selecto de su Teatro y de sus Poesías sueltas, con algunos artículos en prosa de los más celebrados. La mayor parte de las obras dramáticas pertenecen al género cómico, que es el que más ha cultivado y en el que más se ha distinguido este poeta, y por natural analogía son de índole satírica y epigramática casi todos los demás opúsculos indicados. Mas para que pueda ser juzgado en diferentes conceptos, se ha procurado dar la posible variedad á esta edición, particularmente en las obras de teatro, que son las más numerosas, incluyendo algunos dramas escritos según la romántica escuela moderna bien entendida, tales como *Elena*, *Don Fernando el Emplazado* y *La Batelera de Pasajes*. Aun dentro del género puramente cómico, se ha cuidado de amenizar el conjunto con la diversidad de asuntos y caracteres, y el editor se lisonjea de ofrecer al público en estos dos tomos una pintura fiel, ingeniosa y casi completa de las actuales costumbres de España, especialmente en la clase media. *La escuela del Matrimonio*, comedia estrenada con universal aplauso después de impresa la colección de Madrid, forma parte de la presente, á la cual hemos añadido también alguna otra obrilla, el retrato del autor y noticias auténticas sobre su vida y escritos.

APUNTES BIOGRÁFICOS

Hijo de padres nobles, aunque escasos en bienes de fortuna, nació don Manuel Bretón de los Herreros en la villa de Quel, provincia de Logroño, el día 19 de diciembre de 1796. Desde la infancia se mostró poseído del estro poético, pues aun no había cumplido siete años cuando ya improvisaba redondillas sobre cualquiera *pie* que le diesen, costumbre de su país en las comilonas con que aquellos naturales, á falta de espectáculos y otras diversiones, gustan de solemnizar las grandes festividades religiosas, ó los acontecimientos plausibles para cada familia, como bodas, etc. Aun se recuerdan en Quel, después de medio siglo, algunas de aquellas improvisaciones, y como muestra de lo que ya prometía el naciente ingenio de Bretón, citaremos una. Era la vigilia de la Natividad del Hijo de Dios, que en todos los hogares de la católica España, y singularmente en los pueblos de provincia, se celebre con opípara cena, prescindiendo de la abstinencia canónica, y con baile, música, bulla y zambra, hasta que ponen término á tan piadosa algazara el cansancio y el sueño. En aquella alegre noche cada casa es una república, y en todas una verdad los tres famosos principios *Libertad, Igualdad, Fraternidad* : con los niños no rige aquello de *un huevecito y á la cama*, y los criados alternan familiarmente con los amos. En la noche á que nos referimos hubo villancicos con acompañamiento de guitarras y zambombas y rabeles, jota y fandango, juegos de prendas, acertijos, interpelaciones picantes, chanzas pesadas, cascajo y verdujare, besugada y turrone, y mosto largo, y anisete á discreción. Á su tiempo rompió el tiroteo de las redondillas de *pie* forzado, en que hubieron sin duda de proferirse atrocidades poco gratas al dios del Pindo, y no las más aceptas al verdadero y único cuya gloria se ensalzaba. Entre las criadas presentes había una que se llamaba *Segunda*, y como un circunstante diese por *pie* al poeta en cierne este verso : *La mejor es la Segunda*, prorrumpió en la siguiente cuarteta, cuyo desenfado sorprendió agradablemente á toda la tertulia :

Para pezarle una tunda
Con las faldas levantadas,
Entre todas las criadas
La mejor es la Segunda.

Por el año de 1806 se trasladó á Madrid con su padre, que siéndolo ya de otros tres hijos, sin los que vinieron después, y confiando en el valimiento

de parientes poderosos, pretendió varios destinos sin obtener ninguno, consumió en la corte gran parte de su menguado patrimonio, y pasado un lustro de afares y desengaños, falleció de enfermedad en la flor de sus días. El niño Manuel, educado por los padres escolapios, se había aventajado á sus discípulos en el estudio de las humanidades, y ya principiaba á cursar otros más serios cuando, precoz en su desarrollo físico no menos que en su inteligencia, bien que todavía adolescente, pues sólo contaba quince años, se alistó voluntariamente en la filas de la patria por setiembre de 1812, y sirvió primero como soldado raso y luego como distinguido, hasta que obtuvo su licencia absoluta en 1822.

Concluída la guerra de la Independencia, y cesando por consiguiente la noble causa que le impulsó á abrazar la carrera de las armas, suspiraba ya Bretón por otro género de vida que le permitiese consagrarla de lleno al culto de las musas. Todavía, después de dado de baja en el ejército, tardó otros dos años en ver realizados sus deseos. Precísado á aceptar para subsistir un modesto destino en rentas, y desempeñando, á pesar de su inferior categoría, el cargo de secretario de la intendencia de Játiva y luego de la de Valencia; sin libros, sin amigos ilustrados; interrumpidos por tanto tiempo y casi olvidados en los campamentos y en las guarniciones sus estudios, no le era dado escribir cosa de algún fundamento, y empleaba sus limitados ocios en componer himnos patrióticos, tal cual poesía amatoria ó satírica y otras obrillas tan efímeras como incorrectas. Tampoco permitían más aquellos tiempos azarosos: ardía en España la lucha civil; Bretón era liberal; su partido se desmoronaba y fallecía por momentos, y á las alarmas, retiradas y derrotas siguieron las persecuciones y los insultos y los suplicios de la apostólica reacción. Una sola producción de alguna importancia había emprendido el autor, siendo militar y aprovechando, á la edad de diez y nueve años, la licencia que obtuvo de sus jefes para pasar una temporada entre deudos y amigos. Fué esta composición la comedia intitulada *Á la vejez viruelas*, que, representada en 14 de octubre de 1824, fué acogida con benevolencia, y marcó al autor la senda literaria que debía seguir, como la más conforme á su peculiar talento y á su aun latente vocación. Desde entonces, perseverante en el estudio, tenaz, en el trabajo, dió principio á la larga serie de obras dramáticas cuyo número y cualidades se expresan en el prólogo que antecede del señor *Hartzenbusch*, alternándolas con infinidad de diversas poesías sueltas, como sátiras, letrillas, romances, etc., artículos de costumbres y otros opúsculos literarios, y cumpliendo al mismo tiempo con sus deberes de empleado. Retirado á la vida privada mientras duró el absolutismo, sirvió al gobierno constitucional desde 1834; primero en la jefatura política de Madrid, luego en la Biblioteca nacional, más tarde y en pos de tres años de cesantía, de resultados de un *pronunciamiento*, en la imprenta nacional, como administrador de ella y director de la *Gaceta de Madrid*, desde diciembre de 1843 hasta junio de 1847, en que obtuvo su actual plaza de bibliotecario mayor y director de la Biblioteca nacional. Es individuo de la Real Academia española desde 1837, pertenece á otras varias corporaciones literarias de España y extranjerías y está condecorado con la cruz de comendador de número de la orden de Carlos III.

Como hombre estudioso hasta no más, y por lo mismo poco comunicativo fuera del círculo de sus amigos, sin ambición, sin afán de brillar en palacios ni en tribunas, metódico, morigerado y de apacible condición, no es de aquellos que legan á la posteridad, ó á lo menos lo pretenden, ruidosas vicisitudes y peregrinas anécdotas. Por tanto, prescindiremos de algunas particularidades, más ó menos exactas, que de él se refieren en otras biografías. Su vida son sus escritos; pues, autor infatigable, si de otros, y de él mismo muchas veces, se ha podido decir con fundamento que *han escrito para vivir*, la inversión de esta frase cuadra como á ninguno á don MANUEL BRETÓN DE LOS HERREROS, porque, en efecto, parece que *sólo vive para escribir*.